

El mejor verano de Sandra

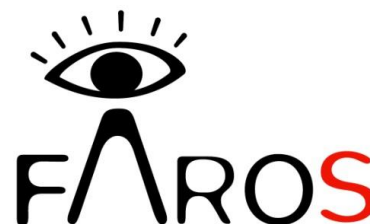


Texto: Isabel Martínez

Ilustraciones: Xavier Krauel



HOSPITAL MATERNOINFANTIL - UNIVERSITAT DE BARCELONA



Los cuentos de la abuela

Este verano debía ser el mejor para Sandra: sus padres le habían hablado de un viaje a una ciudad muy bonita, llena de luz y que está muy cerca de un parque de atracciones donde podría conocer a sus personajes de dibujos animados favoritos.

Pero todo cambio de repente un día cuando Sandra se despertó al escuchar el despertador a las ocho de la mañana. Medio dormida entró en la cocina; allí la esperaba siempre su mamá bebiendo un café y escuchando las noticias que daban en la radio. Aquel día era diferente, del otro lado de la cocina estaba papá preparando el desayuno para Sandra siguiendo las instrucciones de mamá.

Sandra se despertó de golpe, fue corriendo hacia el lugar donde estaba su papá y de un salto le dio un súper beso, uno de esos que tanto le gustaban.

–Buen día, papá –dijo Sandra–. ¿Te has quedado dormido hoy?

–No hija –contestó mamá–, desde hoy papá se encargará de prepararte el desayuno y de llevarte a la escuela. Así yo no tendré que apurarme tanto para llegar al trabajo.

Papá no decía nada. Estaba pendiente del microondas para que no se hirviera la leche que había puesto a calentar.

Pero si papá me prepara el desayuno y me lleva a la escuela, llegará tarde a su trabajo – contestó Sandra.

–Sandra, ya no tengo que ir al trabajo. Mi empresa cerró – dijo papá.

Toda la cocina se llenó de silencio hasta que mamá dijo–: Sandra, el desayuno ya está listo. Date prisa que siempre tenemos que apresurarnos para llegar a la escuela.

Sandra no perdió ni un segundo. Bebió la leche con galletas, se lavó los dientes, se vistió y antes que papá hubiese acabado de prepararle el bocadillo, ella ya estaba esperándolo en la puerta de casa.

Aquella mañana, Sandra llegó a la escuela acompañada de su papá. Estaba tan contenta que esperó a que abrieran las puertas de la escuela sin moverse de su lado, hablando con él y señalándole la ventana de su clase y el rincón del patio en donde siempre jugaba con sus amigos.



—¡Ah! Sandra, ¡me olvidaba! ¿A qué hora sales al mediodía? —preguntó el padre—. Hoy no te quedarás en el comedor escolar. Como estoy en casa, haré el almuerzo y comeremos juntos.

Y fue así como cambió la vida de Sandra. Ella estaba muy contenta, le parecía fantástico que su papá no trabajara y que tuviera más tiempo para estar con ella y llevarla a la escuela pero, por la cara que tenían papá y mamá, le pareció que aquella situación no le gustaba.

El último día de clase, la mamá le dijo—: Sandra, ya sabes que papá no tiene trabajo y que hay cosas que han cambiado. A partir del mes de julio papá comenzará un curso de para aprender cosas nuevas y estará todo el día ocupado. Como yo también trabajo todo el día y este año vamos muy justos de dinero, hemos pensado que sería una buena idea que pases el verano con los abuelos en el pueblo.

Los abuelos de Sandra vivían en un pueblecito muy pequeño en donde todos se conocían. Sandra sólo había estado allí una vez cuando era muy pequeña y no recordaba nada de ese lugar.

El viaje hasta el pueblo se le hizo muy corto porque Sandra se durmió nada más subir al coche. Cuando abrió los ojos vio de muy cerca una señora que le resultaba familiar: era muy parecida a su mamá, pero tenía más arrugas en la cara y un moño que le recogía los cabellos blancos.

–¡Dios mío! ¡Cómo ha crecido esta niña, si ya es toda una señorita! –dijo la abuela Lina.

–¡Mamá, deja la nena, que no la dejas respirar! –protestó la mamá de Sandra.

–Ay, nena, deja que bese a mi nieta, que hace mucho tiempo que no la veo.

Y mientras la mamá y la abuela seguían discutiendo, el papá y Sandra se sentaron fuera de la casa con el abuelo a mirar las estrellas.

Esa misma noche, los padres de Sandra regresaron y ella se quedó con los abuelos. Pero antes, cenaron todos juntos, mientras la mamá no dejaba de darles instrucciones de cómo cuidar a Sandra a la abuela Lina: a qué hora la debía despertar, qué le gustaba para desayunar, los deberes que tenía que hacer de la escuela... La abuela, al final, se cansó y le dijo a los padres de Sandra que debían irse porque ella y el abuelo se iban a dormir muy temprano.

Cuando los padres se fueron, la abuela Lina le dijo a Sandra–: ¡tu mamá ya no se acuerda que yo la crié a ella! Suerte que han marchado.

Al día siguiente, Sandra se despertó al escuchar que sonaba su teléfono móvil: era su mamá que llamaba para preguntarle cómo había pasado la noche.

–Sandra ¿todavía duermes? ¡Si son más de las diez de la mañana y le dije a la abuela que te tenía que despertar a las nueve! Que se ponga la abuela al teléfono.



–Abuela, mamá quiere hablar contigo –gritó Sandra desde su habitación.

–¿Qué quieres, hija? Oh ¿ya son más de las diez de la mañana? ¡Cómo pasa el tiempo! No te escucho bien... la cobertura en este pueblo no es muy buena. Adiós hija, adiós, ya hablaremos en otro momento.

Cuando la abuela acabó la llamada le dijo a Sandra que nada de teléfonos móviles. Ahora estaba en su casa y allí no había móviles.

–No te preocupes, Sandra, llamaremos a tus padres cada día desde el teléfono fijo después de cenar –dijo la abuela–. ¿Has dormido bien, hija? Ahora que ya estas despierta, vístete que me acompañaras a hacer unas compras.

Sandra se vistió inmediatamente y al hacer el primer sorbo a la leche dijo–: mmm... ¿y esta leche? Esta leche no es de la marca que te dijo mamá!

–¿Leche de marca? –preguntó la abuela–. Aquí usamos la leche de nuestras cabras. Cuando acabes de desayunar y regresemos de comprar el pan, te llevaré a conocer nuestras cabras.

Sandra solamente había visto cabras en los libros y un día que visitó el zoológico con el colegio, pero nunca había estado tan cerca.

–No tengas miedo, Sandra. Las cabras son herbívoras y no hacen daño. El abuelo Pere las ha ordeñado ya pero si quieres mañana te levantas más temprano y podrás ayudarlo. Ahora acompáñame que iremos a buscar huevos para hacer hoy una tortilla.

Sandra se sorprendió. No fueron al supermercado a comprar los huevos. Los abuelos también tenían gallinas... y conejos... y tres perros. Y muchos gatos y gatitos. ¡Sus abuelos tenían un zoológico! ¿Tendrían también elefantes y jirafas?, se preguntó Sandra.

Al regresa a casa, la abuela le enseñó un bicicleta extraña y sucia que había en la parte de atrás, pero no se parecía a su *mountain bike*.

–Mira Sandra, ésta era la bicicleta de tu mamá. Estos días que estés aquí la podrás usar, sólo hace falta limpiarla un poco y ponerla a punto. Le diremos al abuelo que se la mire después de almorzar.

–Ah, me olvidaba de decirte que después de la siesta vendrá Joel, el nieto de los vecinos.

Les comenté que estabas con nosotros y quiere conocerte –le dijo la abuela mientras cortaba unos tomates que desprendían un aroma que Sandra nunca antes había oído. Joel tenía un año más que Sandra y también vivía en la ciudad, pero veraneaba en el pueblo cada año. El estaba con sus abuelos desde el mes de junio hasta el de septiembre, todo el verano.



–¡Hola Sandra! Soy Joel, el vecino de al lado. Me ha dicho mi abuela que estarás unos días en el pueblo. ¡Qué bien!

–Sí, llegué ayer a la noche.

–Sandra también estará aquí todo el verano y no conoce a nadie –dijo la abuela Lina–. Joel ¿podrías enseñarle a Sandra que hacéis para divertirse?

–Por supuesto que sí –contestó entusiasmado Joel–. A las seis nos encontramos con otros niños para ir a la ermita en bicicleta. Sandra, ¿tienes bici, no?

–Eh, sí, tengo la bicicleta que era de mi mamá –contestó Sandra sin tener muy claro si aquella bici destartalada de su mamá serviría.

–¡Perfecto! –exclamó Joel.

Y así fue como Sandra y Joel subieron por la calle Mayor hasta llegar a la plaza donde había una iglesia. Allí había otros niños esperándolos.

–¡Hola a todos! –saludó Joel–. Esta es Sandra y pasará el verano en el pueblo.

–¡Hola Sandra! –dijeron todos al unísono–. ¿Quieres venir a la ermita?

Y así fue cómo Sandra conoció al resto de niños del pueblo y empezó a pasar los días con ellos. Sólo iba a casa para comer y para dormir.

A la mañana se despertaba temprano para ayudar a los abuelos a hacer las tareas de la casa, después iba a la piscina hasta la hora de almorzar. Después de almorzar, y aprovechando las horas en que el calor no dejaba ni estar en la calle, Sandra hacía los deberes o leía algún libro de la biblioteca del pueblo.

Más o menos a las cinco y media venía Joel a buscarla para ir a la plaza a jugar con los otros niños hasta que el campanario de la iglesia les recordaba que debían volver.

Pero un viernes, cuando regresaba con Joel a casa para cenar, vio el coche de sus padres en la entrada de casa.

—¡Papis! —gritó Sandra mientras se abrazaba a sus padres.

—¡Sandra, hija! ¡Cómo te he echado de menos! —le dijo mamá—. ¡Qué morena que estás! Veo que te lo estás pasando muy bien. ¿Quién es este niño?

—Es Joel, mi mejor amigo. Pero tengo más amigos: Pau, Biel, Jana, Claudia...

—¡Tranquila, Sandra! Ahora tendrás tiempo para explicarnos todo mientras cenamos.

Durante la cena, Sandra no dejó de explicar cosas a sus padres: como ayudaba a los abuelos y todas sus aventuras con sus nuevos amigos.

El verano se estaba acabando y los padres de Sandra habían venido con la intención de llevársela a casa. Pensaban que quizás se estaría aburriendo en el pueblo, pero después de escucharla decidieron dejarla hasta que comenzara el colegio. Sin ningún tipo de dudas éste era el mejor verano de Sandra.



Los cuentos de la abuela es una recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (www.faroshjd.net) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.